

## MADRID

## PEGADOS AL ASFALTO

Patricia Conde hizo un alto en los ensayos de *Los 39 escalones* para posar en la Gran Vía el pasado martes. / CLAUDIO ÁLVAREZ

PATRICIA CONDE Actriz y presentadora

## “¿Quién quiere ir en agosto a Ibiza?”

ELENA G. SEVILLANO  
Madrid

Tal vez no sea la tarde más calurosa del año. Pero podría serlo. Y en estas que Patricia Conde (Valladolid, 1979) se planta frente al fotógrafo, en plena Gran Vía, cinco y media de la tarde del martes, y empieza a hacer mohínes. Contenta, pícaro, melancólica. Tacones, pantalón pitillo, blusa transparente negra y la melenaza rubia que los telespectadores se han acostumbrado a ver cada tarde en el programa de parodia televisiva *Sé lo que hicisteis...* (La Sexta). “Eeeeeeh”, le sueltan dos curritos desde una furgoneta, medio

cuerpo fuera de la ventanilla. Ella ni se da cuenta.

**Pregunta.** ¿Qué se le ha perdido en agosto en Madrid, cuando todo el mundo se va?

**Respuesta.** Quién quiere estar en agosto en Ibiza, en la playa, con un mojito. A ver, ¿quién?

**P.** Algún loco.

**R.** Claro. Lo mejor es estar en Madrid. No hay nadie. Puedes aparcar. Es un tópico, pero es verdad. No te hace falta reservar en el restaurante, no hay atascos. Además, es que no me queda otra. Tengo que preparar la obra de teatro.

**P.** El día 27 estrena *Los 39 escalones*. Hitchcock, nada menos.

**R.** Pero que nadie piense que

voy a hacer un dramón. No, no es una obra policíaca ni mucho menos. Es una parodia, una adaptación de la película de Hitchcock que ha hecho Patrick Barlow que está triunfando en Londres y Broadway. Primero vi la película, y luego, la adaptación. Me partía de la risa. Dije: cómo mola esto. Tengo que hacerlo.

**P.** ¿Es su primer agosto aquí?

**R.** Sí, siempre he sido muy comodona. Yo, como las grandes. Me voy todo el mes, y de un sitio a otro. Empalmo Palma con Ibiza, Ibiza con Formentera...

Suena la musiquita del móvil. “Será tu compañero. Para preguntar cómo queremos el abanico”. El fotógrafo ha ido a una tien-

da de *souvenirs* a por uno. Por aquello de ilustrar lo duro que es pisar asfalto en agosto. A Patricia no le gustan. “Son como de señora, ¿no?”. En la obra interpreta a tres personajes: una espía, una granjera inocentona y la rubia despampanante que encandila al protagonista. Sin abanicos.

**P.** Había hecho teatro antes, monólogos. Esto es diferente.

**R.** Bueno, toda mi infancia la he pasado encima de un teatro. Mi tío tenía uno y daba clases. Al fin y al cabo, el programa es un teatrillo que nos montamos ahí entre cuatro.

**P.** Vuelve a la tele el día 1 y lo simultaneará con el teatro. ¿Podrá con el pluriempleo?

**R.** A ver cómo lo hago. Tengo el ejemplo de Ángel Martín, que estuvo haciendo teatro y tele a la vez. Me ayudan mis jefes, que son muy buenos y, en lugar de hacerme venir a las ocho para grabar *sketches* me dejarán entrar más tarde sólo para presentar. No puedo prescindir ni de una cosa ni de la otra. Quiero el buen rollo del programa, que todo el mundo lo ve, que es la bomba. Y cómo se les va a ir la presentadora... El teatro lo hago por mi crecimiento personal. No pretendo nada, no quiero ir a Hollywood, sólo hacer mi obra.

“Cuando vi ‘Los 39 escalones’ me partí de risa. Dije: ‘tengo que hacerlo’”

**P.** ¿Cómo es un día de agosto? Recomiende un par de sitios en los que huir del calor.

**R.** Voy al gimnasio. Vengo al teatro a ensayar. Veo muchas películas. Muy relajado. Yo me lo monto muy bien. Soy de las que opina que quien quiera verme, que venga a casa. Para qué te vas a ir a La Latina, con el calor que hace, que me encanta, pero si en mi casa tengo mi trocito de piscina, de jardín, buena música, cócteles...

**P.** ¿Habrá novedades en el programa? ¿No se cansa de su personaje de rubia tonta y loca?

**R.** No. ¿Sabes otro mejor?

**P.** Gracia hace.

**R.** Entonces por qué cambiarlo; es tan fácil y maravilloso.

**P.** ¿No se enfadan con usted los que salen en el programa?

**R.** Creo que todos tienen sentido del humor porque, en el fondo, les gusta. Yo no pinto nada, soy la actriz que lee el guión. Algunos se enfadan, pero con los directivos de la cadena. No encuentran la fórmula de contraatacar nuestro programa. Es invencible. Cómo te vas a reír de nosotros si somos los primeros que nos reímos de nosotros mismos.

En verano,  
infierno se dice  
aeropuertoBENJAMÍN  
PRADO

Lo peor de todo es que la historia que contaba el diario era la misma de siempre, sólo que con otros nombres. Esta vez la culpable era AENA, la entidad que gestiona los aeropuertos españoles, y las víctimas, dos mujeres argentinas que pretendían llegar a Granada y a las que al aterrizar en Barajas nadie prestó el Servicio de Asistencia a Personas con Movilidad Reducida que habían solicitado porque una de ellas padece una incapacidad psíquica. Ningún empleado de Iberia o Eulen, que son las empresas que tienen subcontratada esa tarea, las ayudó; perdieron el vuelo de Madrid a Granada; un delincuente ocasional, es decir, una de esas personas que son honradas sólo has-

ta que se les presenta la ocasión de no serlo, las timó cien euros y, finalmente, tuvieron que hacer el viaje a Andalucía en autobús, cargadas de maletas. Bienvenidas a España.

El problema es que eso ocurre cada día, y los aeropuertos y compañías aéreas siguen sin cumplir con sus obligaciones; abusan de los viajeros; les dejan en tierra aunque hayan pagado sus billetes; les llevan presos en unos asientos incómodos e insanos en los que no hay espacio para las piernas; les pierden el equipaje; les hacen sufrir retrasos inauditos; les tratan como a ganado, y, por lo general, sólo son amables con ellos a la hora de sacarles dinero, lo cual hacen desde el instante en que compras el pasaje hasta dos segundos antes de llegar a tu destino, porque ahora que no te dan nada gratis en ellos, ni un vaso de agua; los aviones se han transformado en un bazar con alas en el que te intentan vender algo todo el tiempo: comida, bebida, regalos y, en algunos vuelos internacionales en los que están obligados a darte de comer, hay compañías como Air Europa que hasta te alquilan los auriculares para ver la película.

Al llegar el verano, los aeropuertos son un infierno con megafonía, y la gente deambula por sus salas como por un mal sueño. Vas a Barajas y ves tantas caras de

desesperación, tantos rostros donde desaguan el cansancio, el nerviosismo y la ira, que te quedas impresionado de la cantidad de ciudadanos a los que les amargan las vacaciones y sorprendido de que no exista autoridad o ley que detenga este abuso que, en realidad, se ha hecho tan frecuente que se acata como algo normal; y lo contrario, que un vuelo salga y llegue a su hora, se considera una excepción y una sorpresa. Qué increíble.

Siempre que puede, Juan Urbano va en tren, que es mucho mejor porque, por

En Barajas ves tantas  
caras de desesperación  
que te quedas  
impresionado

lo general, en la Renfe te atienden de maravilla, no te dejan tirado en el andén y cumplen sus horarios; pero se enteraba por el periódico y por lo que le contaban los familiares y amigos que iban a visitarle a la playa de Rota, Cádiz, donde pasa el mes de agosto, de las catástrofes aéreas que sufren los pasajeros cuando aún están en tierra y en Barajas.

Alguna vez pensó en dibujar un mapa de Madrid en el que estuvieran representados los lugares que, a su juicio, parecen estar al margen de la ley o, como mínimo, de la realidad, y sabía que si lo hiciera en él tendrían un gran espacio pintado de rojo las cuatro terminales de Barajas, al lado de los aparcamientos, los bancos, las compañías telefónicas, las autopistas de peaje y, en fin, todos esos negocios que te esquilman a base de cobrarte lo que no te dan, no darte lo que has pagado o hacer te pagar dos veces por lo mismo. Parece un trabalenguas, pero no es un juego, porque no tiene gracia y sale demasiado caro.

La verdad es que llega el verano y tener que ir a Barajas es una pesadilla, de modo que en lugar de cargar las maletas en el taxi y atravesar sonriendo la M-40 o la calle de Cea Bermúdez, porque uno va a tomarse un descanso y a ser 30 días feliz a la orilla del mar o, como en el caso de esas dos mujeres que llegaban a Madrid desde Buenos Aires y a las que el avión se les hizo un autobús como a Cenicienta se le convierte la carroza en una calabaza, uno va lleno de miedo, rezando para que le dejen embarcar y él y sus maletas lleguen a tiempo a su destino. Qué increíblemente lento es el transporte más rápido del mundo.